



AZUCENA

Diego Contreras Vergara

AZUCENA



Primera edición: junio de 2026

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Diego Contreras Vergara

ISBN: 979-13-88195-86-0

ISBN digital: 979-13-88195-87-7

Depósito legal: M-15922-2026

Editorial Adarve

c/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Aún alguien los espera a tomar once

Cementerio

La mañana del miércoles 6 de octubre tenía un aire otoñal. El viento que recorría las calles de Santiago era frío, pese a que la primavera ya había comenzado.

Bajo el susurro del viento, una muchacha se arrimó hasta donde se encontraban de pie dos señores. Al llegar, una de ellas preguntó:

—¿Qué flores compraste?

La joven la miró con una sonrisa y contestó:

—¡Unas azucenas!

—¿Qué flores son esas? —preguntó la mujer mayor con un fruncido en las cejas.

—¡Son flores! —replicó la joven.

—¡Bueno! —exclamó en voz alta.

—¡Es hora de irnos!

En silencio las tres mujeres se adentraron por la calle que da ingreso al cementerio general, en donde, la acera se encontraba aún mojada por la helada que cayó en la madrugada. En el camino, una de ellas se quedó detenida mirando un memorial gigante que está en la entrada del cementerio.

—¿Crees que está su nombre ahí? —preguntó Hilda, que era el nombre de una de las dos mujeres que estaba esperando mientras la muchacha iba a comprar las flores.

—¡Pienso que sí! —respondió con un suspiro la muchacha que tenía sobre sus brazos las azucenas.

Dio una mirada buscando algún nombre, inmersa en sus pensamientos, exhaló aire y dijo entre sus labios :

—¡Aquí se respira memoria!

—¡Adriana! —exclamó detrás de ellas su madre—. ¡Es hora de irnos! —replicó.

Hilda, Adriana y Magdalena se adentraron en el cementerio y en el camino, la joven divisó la tumba de Violeta Parra y todos los mausoleos que se encontraban allí. Algunos muy antiguos y bien cuidados otros abandonados y víctimas del olvido.

—¡Es aquí! —exclamó Hilda con un papel en la mano.

Aquel patio del cementerio general estaba completamente desierto.

Hilda tomó la iniciativa y comenzó a caminar entre las diversas cruces que indicaban el nombre de cada una de las personas sepultadas ahí. Mientras, Adriana y su madre observaban desde la orilla de este lugar cómo Hilda buscaba entre las cruces el nombre de su tío.

—¡Adriana! —exclamó su madre—. ¡Toma esa botella que está sobre esa tumba y anda hasta aquel tarro de color azul y llénalo con un poco de agua para poner esas flores! —indicó.

Adriana hizo caso y fue hasta el tambor que estaba en la esquina del patio del cementerio. El cual estaba lle-

no de agua. Mientras tanto, ella tenía mucho cuidado al transportar el agua en la botella hacia donde se encontraba su madre.

Si aquella orden hubiese sido meses antes, habría acatado con cara de fastidio y en completo silencio. Sin embargo, este día nadie podía quitar a la muchacha su sonrisa quizás porque era un lindo día o alguien fue amable con ella.

En el último tiempo, la relación con su madre había mejorado bastante, y eso tenía a la joven con el corazón un poco más tranquilo.

—¡Están listas! —exclamó Hilda.

—¡Sí! —respondieron al mismo tiempo.

Ambas se adentraron en el patio del cementerio y fueron pasando por las distintas cruces que ahí se encontraban. Adriana iba detrás de su madre con la mitad de botella llena de agua, en el trayecto ella se iba fijando en que varias tumbas estaban llenas de malezas y otras estaban en un mejor estado. Y, con cada paso, ella iba pidiendo permiso a las personas dueñas de esas cruces.

—¡La ayudo con las flores, señora Magdalena! —exclamó en voz alta Hilda, estirando sus brazos y tomando el ramo de azucenas que traía consigo la madre de Adriana.

Al llegar, lentamente Adriana se agachó y dejó la media botella con agua en una tumba, que, al igual que otras, estaba cubierta de malezas, salvo que Hilda quitó un poco de ellas y a simple vista se podía leer el nombre de la persona que estaba sepultada allí.

ROBERTO DE LA CERNA (1940-1976).

—¡Se nota que hace mucho tiempo nadie lo viene a visitar! —replicó su madre, que estaba parada junto con Hilda detrás de Adriana.

Adriana sacó un poco de malezas que aún quedaban en la tumba y se puso de pie.

—¡Las flores! —exclamó mirando a Hilda.

Esta le entregó las flores y la muchacha nuevamente se agachó y las ordenó. Las puso en aquel improvisado florero. Se levantó y dejó el ramo de flores justo en el medio de la tumba de Roberto.

—¡Por fin estamos aquí! —exclamó la joven, metió su mano en un bolso que traía consigo y de él sacó un diario, lo abrió y de este extrajo un papel de color blanco, que estaba algo percutido y un poco arrugado. Las tres estaban completamente en silencio, como si estar en el cementerio provocara el sentir la vida como parte de la muerte y no la muerte parte de la vida. .

II

—Adriana, ¿me puedes hacer el favor de dejar aquella computadora y venir a ayudarme a bajar algunas cosas del ático! —señaló la madre algo molesta aquella tarde de día Domingo del mes de junio del año 2010—. ¡Yo no sé cómo puedes pasar todo el rato sentada leyendo en la computadora! ¡Adriana! —gritó nuevamente.

Se escuchó una voz desde el otro extremo de la casa:

—¡Voy al tiro! —contestó la muchacha ante el grito de su madre.

Se levantó y dejó la computadora encima del sillón, caminó desde el *living* hasta el pasillo que conectaba con la cocina. Llegó hasta una escalera de color café, en ella estaba su madre encaramada con la cabeza metida en una pequeña puerta. Solo podía ver su cuerpo, puesto que estaba sacando cosas que estaban en el entretecho, cosas que quizás llevaban varios años puestas allí sin que nadie supiese de su existencia.

La joven puso sus manos sobre la escalera y la sujetó mientras su madre seguía con la cabeza metida en aquella pequeña entrada. Es aquí, cuando segundos más tarde

se escuchó desde abajo de la escalera una voz suave, que preguntó:

—Mamá, ¿por qué limpias el ático, si nadie se mete allí? —mientras dirigía su vista hacia arriba.

La madre, sin sacar todavía su cabeza, contestó sin mirar:

—Es que quiero botar un poco de cosas, puesto que, con muchos cachureos, se pueden criar bichos y arañas, y además nos sirve para poder guardar cajas y cosas viejas.

—¡Pero, mamá! —exclamó Adriana—, ¿no crees que pareces vieja loca? —señaló la joven, con tono de burla.

—¡Qué chistosita andas! —exclamó su madre desde la buhardilla—. ¿Por qué mejor no me ayudas a descender por la escalera, pues me puedo caer? Para así poder bajar todas esas cosas que están al interior del ático, son libros principalmente —señaló la madre, suspirando por aquel esfuerzo físico—. Ahora que pienso. ¿Por qué los pusieron ahí? Quizás habrán tenido algún motivo, pero, en fin. ¡Hija! —exclamó en voz alta—, antes de que subas a bajar las últimas cosas que están arriba, ¿puedes, por favor, recoger esas bolsas que puse ahí en el piso y echas los libros que he ido tirando desde la escalera?

—Sí, mamá —contestó la muchacha—. Además, tú eres la que manda. —Se acercó hasta las dos bolsas, tomó una y comenzó a echar toda la basura y aquellos libros que estaban cubiertos de polvo, mientras lo hacía y su madre todavía con la cabeza en el sótano. Leía los títulos de estos—. ¡Mira, vieja! —clamó en voz alta—. Tiene títulos interesantes aquí, como, por ejemplo, *Corazón De-*

lator, Las Noches Blancas, viaje al centro de la tierra, Rayuela, Pedro Páramo, La Muerte de Artemio Cruz y Amortajada, y por el resto son puros libros de contabilidad, revistas, etc. Tiraré todo a la bolsa. —Miró la joven a su madre, debajo de la escalinata.

—Haz lo que quieras —respondió mientras Magdalena descendía del ático. Adriana sostenía con ambas manos la escalinata.

Al bajar su madre quedó frente a ella y le dijo:

—¿Qué tanto haces en aquella computadora? —La joven la miró un segundo y suspiró.

—Leo un libro y hablo con amigos, eso solamente —respondió—. ¿A qué se debe tanta curiosidad?

—No, por nada —respondió sin mirarla a los ojos.

—¿Qué pensaste que hacía en la computadora, mamá? —preguntó molesta ante aquella necesidad incesante de querer saber todo sobre su vida.

—Solo preguntaba, es todo —argumentó Magdalena. Que al ver a Adriana a sus ojos, levantó su mano y la pasó por su cabello tocando su oreja—. ¿Sabes qué día es hoy?

La muchacha bajó su mirada hacia el suelo, que tenía un piso de parqué, algo maltrecho por el paso del tiempo.

—Sí —resopló en voz baja.

—Se cumple casi un año desde la muerte de tu padre y para mí es como si fuera hoy.

Ambas se miraron en silencio y, en su mente, Adriana se preguntaba cómo será el resto de la vida de su madre sin su compañero.

Adriana y Magdalena se abrazaron en medio del pasillo. La madre se quedó mirando el piso y los libros llenos de polvo y recuerdos ajenos. Respiró profundamente al momento de abrazar a su madre y miró de reojo el reloj inmenso de color blanco que tenían y cuyo palpitar hacía eco en toda la casa. Se fijó en que eran casi las seis de la tarde y aún no habían comprado el pan para tomar once.

—¡El pan! —exclamó en voz alta Magdalena—. Iré a comprar. Por mientras recoge esas cosas y ponlas en bolsas —exclamó.

Adriana, parada allí, debajo de la escalera, no dijo nada, solo sonrió a su madre y exhaló un delicado:

—¡Qué exagerada!

Magdalena caminó desde el pasillo hasta su habitación; ambas, tanto la de ella como la de Adriana, daban al *living*. Fue en busca de un chaleco de color morado que tanto le fascinaba. Llegó hasta donde se encontraba su hija, se metió la mano en su bolsillo derecho y vio si tenía algo de dinero.

—Adriana, ¿puedes revisar si quedan más cosas por botar? Mientras voy al negocio que esta al final de la cuadra, supongo que me demoraré un poco en regresar —indicó antes de salir por el pasillo hasta la entrada de la casa.

—¡Adriana! —gritó desde la puerta.

—¿Qué? —contestó la joven, asomando la cabeza por la entrada del pasillo que conectaba el *living* con la cocina.

—¡Prende la estufa y pon a calentar el té mientras! —clamó desde la entrada.

—¡Sí! —confirmó la joven desde el pasillo.

Se escuchó el sonido fuerte de la puerta cerrándose, que retumbó en toda la casa. Adriana se quedó sola y en silencio. Miró el suelo y vio todos aquellos libros que aún no sabía qué hacer con ellos y se preguntó:

—¿Qué hago primero? ¿Recolecto todas estas cosas y las meto a la bolsa de basura o primero prendo la estufa?

Mientras pensaba parada al lado de la escalera y mirando todas las cosas en el piso, prefirió primero recolectar las cosas y después ir hasta el patio para prender la estufa, para así dejar el pasillo un poco más desocupado.

Su madre dejó en uno de los peldaños los guantes. Se los puso y subió hasta asomarse a la pequeña puerta del ático. Al mirar al suelo, solo podía ver la cola de su gato Buendía.

—¡No me mires tanto, Buendía! —dijo Adriana.

Ya al interior, se fijó en que estaba todo sucio y lleno de polvo, solo podía ver por la pequeña lámpara que puso su madre horas antes para ver qué contenía aquel espacio. Divisó que en el lugar solo quedaban tres libros. Subió un peldaño más y, con la mano derecha, alcanzó a estos tres libros que estaban apilados en uno de los rincones de dicho espacio. Al momento de alcanzarlos, los tiró desde la escalera hacia abajo, pero le pareció extraña la forma en la cual sonaron al momento de chocar con el piso. Bajó de la escalera y se acercó donde habían caído. Tomó uno de los ejemplares y le pareció extraño, su tapa era diferente a la de un libro y se dio cuenta de que era una caja metálica de color oro y su tapa era un ramo de rosas con flores de rojas, amarillas, verdes y un jarrón de color celeste sobre una mesa.

Adriana, abrió la caja y leyó con un murmullo *Productos de calidad Hucke*. Sin embargo, al mirar el interior de la caja, se dio cuenta, de que había una bolsa transparente con un libro de tapa negra. La joven dejó suavemente la caja en el suelo y tomó el libro.

—¡Qué extraño! —murmuró entre sus labios—. ¿Por qué esto estaría guardado en esta caja y tan oculto?

Tenía aquel libro entre las manos, levantó la vista y se dio cuenta de que ya había pasado bastante tiempo desde que su madre fue a comprar el pan.

—¡Demonios! —clamó en voz alta.

No había hecho nada de lo que su madre le había encargado y ya estaría por llegar, así que dejó el libro en la cajita de galletas, lo cerró y echó rápidamente todos los libros que estaban en el piso en la bolsa de basura, sin embargo, ella ya había decidido conservarlos. Tomó la escoba que su madre había traído anteriormente y comenzó a barrer todo el polvo de recuerdos que estaban en el piso junto con aquellos libros viejos, pero apartó la cajita en donde se encontraba guardado aquel libro.

III

Al llegar su madre, encontró aún la escalera en medio del pasillo, pero todo el piso estaba limpio y los libros y la basura sacada desde el entretecho estaba guardada en la bolsa.

—¡Adriana! —dijo Magdalena al entrar por la puerta. Traía consigo la bolsa del pan, dejó las llaves en la mesita que estaba en el *living* y caminó por el pasillo hasta la cocina—. Hija, ¿dónde estás? —preguntó, sin oír respuesta.

Al entrar en la cocina, dejó el pan encima de la mesa, en la cual tomaban once, desayuno y de vez en cuando compartían una taza de té, mesa en la que se desarrollaba toda su vida familiar. Giró la cabeza hacia la cocina y se fijó en que estaba puesta la tetera, y que aún no hervía.

—¡Hija!, ¿dónde estás? —consultó nuevamente, sin oír respuesta.

Caminó hasta la puerta que daba al patio y se dio cuenta de que en el fondo se encontraba Adriana de espaldas y agachada intentando prender la pequeña estufa que tenían.

—¡Te he estado gritando desde que entré! —imprecó

Magdalena, poniéndose justo detrás de su hija, que aún no se levantaba.

—Perdón, mamá, no te oí desde tan lejos —replicó la joven, poniéndose de pie—. ¿Por qué te demoraste tanto? —preguntó.

—Es que donde fui estaba lleno, así que preferí ir a un almacén que queda a la vuelta y me fijé en que vendían pan amasado, y preferí esperar un rato a que saliera pan calentito para tomar once.

—¿Hablas del almacén peruano? —consultó la joven.

—¡Sí! —manifestó la madre.

Magdalena entró a la casa a ver si la tetera estaba lista y la muchacha mientras tanto se quedó en el patio esperando que el tacho de la estufa estuviera completamente naranja. Entró a la cocina con la estufa tomada entre las dos manos y se dio cuenta de que su madre no estaba allí. Escuchó el sonido de la ducha que provenía del baño que daba a la cocina, así que puso la estufa en el suelo y se aproximó hasta el horno, tomó la tetera recién hervida y la puso sobre la estufa. Abrió aquel mueble de color blanco que tenían en la cocina y tomó uno de los frascos de color azul y tapa blanca que decía en letras grandes «Té». Lo destapó, metió la mano y sacó un puñado de té y lo vació en una pequeña teterita más pequeña que estaba justo ahí. Su madre la había dejado ahí minutos antes de entrar a bañarse. Estaba en eso cuando se dio cuenta de que la escalera estaba todavía puesta allí en medio del pasillo. Dejó el té ya preparado, puso aquella canela tan habitual y puso un poco de agua no tan hervida en este

té y puso la pequeña teterita al lado de la más grande, encima de la estufa. Su madre salió del baño con la toalla de color blanco y una de color verde puesta en la cabeza y le dijo:

—Me visto rápido y tomamos once. —Adriana la miró fijamente y sonrió—. ¡Hija! —clamó su madre nuevamente—, ¿puedes sacar esta escalera y llevarla al patio?, al tiro y no te molesto más.

La joven, sin decir nada, solo asintió con su cabeza. Mientras veía que su madre entraba en su habitación, se arrimó a la escalinata, se puso los guantes y retiró de la pequeña entrada al entretecho y se dirigió hasta el patio. Ya en el fondo del jardín, dejó la escalera de acostada en el suelo, se paró al lado de ella y miró al cielo y dijo:

—Luego comenzará a llover! —sonrió al momento de decirlo. Amaba el petricor y el invierno era su estación favorita del año.

Al entrar a la casa y después de su apreciación del cielo de Santiago, ingresó a la cocina y se dio cuenta de que su madre venía caminando por el pasillo hasta la mesa.

—¡Hija! —exclamó, mirando a la joven directamente a los ojos. Esta estaba de pie justo en la entrada a la cocina desde el patio—. Cierra la puerta, que hace frío, y entra a lavarte las manos para que tomemos once —imprecó con voz de mando.

La muchacha acató sin decir nada y fue hasta el baño. Entró al cuarto y se lavó las manos y la cara, se vio en el espejo y solo veía a través de sus ojos a una joven pálida, ojos negros, delgada y con el pelo de color negro. Al salir,

apagó la luz del baño y fue hasta la mesa, su madre de espaldas prendió la pequeña radio que tenían puesta sobre el refrigerador de color plomo que estaba justo al lado del mueble en donde se encontraba el frasco con el té.

IV

Sentadas en la mesa y bajo el susurro de la radio. Adriana y Magdalena se miraban sin decir palabra alguna. A veces era incómodo, pues tanto Adriana como Magdalena podían notar aquel vacío y poco acercamiento existente entre ellas. A Magdalena le acomplejaba no tener la habilidad de conversar con su hija.

—¿Quieres más té? —preguntó Magdalena.

—¡Sí! —replicó Adriana, que estaba mirando fijamente la mesa y se dio cuenta de que solo eran dos personas.

Había dos tazas, había casi tres panes por si acaso una quería comer más de lo habitual, había dos cucharas y dos platos para comer el pan. Ella quedó mirando unos segundos cómo su madre vertía el té en su taza favorita. Magdalena se sirvió un poco de té y se sentó. Miró a su hija unos segundos y preguntó:

—¿Cuándo entras a la universidad?

Adriana quitó su vista de la taza y contestó:

—Mañana, pues terminé el asunto tedioso de las convalidaciones de las materias y todo lo demás. Ahora, debo admitir que me costó un poco, puesto que volvimos re-

cién a mediados del mes pasado de España. Asimismo, ¡tuve suerte! —clamó la joven con una sonrisa mirando a su madre—. Así que gracias al universo que puedo retomar mis estudios aquí —Magdalena la miró, sin decir nada—. ¡Sabes una cosa! —indicó Adriana—, aún me cuesta poder acostumbrarme a esta nueva vida, pues aún creo que volveremos a España y todo estará bien.

Magdalena miró su taza y dijo:

—Se puede sentir el aroma a canela del té. Además, hija, a mí también me cuesta acostumbrarme a esta nueva vida. De todas formas, aún tenemos dinero para poder vivir de forma decente, quizás durante algún tiempo, con lo que nos dejó la venta de la casa y, bueno, con la pensión que nos dejó tú padre. ¡Gracias a Dios! Hija, tenemos algo mínimo para poder iniciar.

Ambas quedaron en silencio nuevamente, su madre exhaló antes de volver a hablar:

—No sabes cuánto extraño a tu padre. —Adriana la miró sin decir palabra alguna, Si bien ella sabía que la relación con su madre era muy distante, también comprendía que ella era su única familia.

La miró atentamente, dejó su taza de lado, tomó sus manos y dijo:

—Sé que es difícil. ¿Sabes?, yo también extraño a mi papá, pero hicimos lo mejor, y esto era venirnos a vivir a Chile, puesto que tú eres chilena, tienes a tu hermana viviendo aquí y mi papá a sus familiares, pocos, sí, pero los tiene, y no estamos solas acá. Además, él siempre nos decía que teníamos que estar juntas siempre, no importa

el lugar. En España, solo estábamos las dos solas, y eso nos recordaba mucho la ausencia de papá.

Magdalena solo miraba a su hija, no había palabra alguna que pudiese acallar aquella melancolía y falta de conformismo que dejó la muerte de su marido. Ella, sin embargo, solo dijo cinco palabras:

—Sí, hija —suspiró suavemente—, nos irá bien.

Adriana la miró y, para ir cortando la conversación, señaló un suave y exhausto:

—Pero, en fin... —La joven, intentando cambiar el tema de conversación, preguntó a su madre—: ¿qué harás mañana?

—Iré al centro a cambiar algunos euros y luego iré a la casa de tu tía, a ver si puede ayudarme a encontrar trabajo, ya que, con todo el proceso de validación de mi título de enfermera, a lo mejor me hacen dar pruebas y todo lo demás. Ahora, esperemos que no sea tan engorroso el asunto.

Adriana la miraba mientras ella explicaba su día lunes.

—¿Quieres un poco más de té, mamá? —preguntó.

—¡Sí, hija! —imprecó Magdalena—. Haces un rico té con canela, podrías conseguir algún laburo en una de las cuantas cafeterías que hay en el centro de Santiago, qué sé yo, ¿barrio Lastarria quizás? Y a lo mejor puedes ahí conocer un poco más de gente y hacer amigos. —La miró, sin decir nada la joven, solo rio al momento de tomar té—. ¡Mira la hora que es! —exclamó su madre—. Creo que esta es la última taza de té antes de ir a dormir, además, debo ir a mi cuarto a ordenar algunas cosas que

me quedan en una caja. Ahora, pensar que me quedan varias cosas por ordenar ¡ya me provoca dolor de cabeza! —clamó y en su voz se notó algo de cansancio—. ¡Adriana! ¿puedo pedirte un favor? —dijo Magdalena, mientras la muchacha ponía su frente sobre la mesa y su madre solo podía ver su negro cabello.

—¡Dime! —expresó suavemente la muchacha.

—¿Puedes botar todos esos libros y dejarlos afuera para que se los lleve mañana por la mañana el camión de la basura?

Adriana la miró unos segundos antes de contestar, es aquí cuando a su cabeza vino el recuerdo de encontrar la caja de galletas con el libro en su interior.

—¡No te preocupes! —prorrumpió la joven—. Ahora —dijo Adriana—. Sí, yo saco la basura, tú lavas la losa y sacas todo lo de la mesa.

V

Al rato, ambas terminaron de tomar once, se pararon de la mesa y la muchacha se dirigió a hacer la tarea doméstica que le había ordenado su madre mientras que esta lavaba la vajilla y se quedaba sola en la cocina. Ella, por otro lado, estaba en el pasillo debajo de la pequeña puerta que daba ingreso al ático. Al prender la luz, se dio cuenta que estaba frente a la bolsa de basura en donde había colocado horas antes los libros. Miró el reloj que estaba puesto en la cocina y se dio cuenta de que era demasiado tarde, casi las ocho y cuarto de la noche. Se dio cuenta de que en España eran casi siete horas de diferencia y ya era de madrugada para poder charlar con alguna amiga. Así que, sin decir nada, se agachó y tomó una de las bolsas con los libros, la cerró y dejó lista para ir a dejarla al tacho de basura, que estaba a la entrada de la casa. Cogió la otra bolsa de basura y en ella puso el resto de la basura que no había barrido y los libros y residuos de polvo que estaban tirados en el piso, asimismo, con la escoba en la mano se fijó nuevamente en aquella cajita de galletas con el libro en su interior, se agachó y la tomó

con una de sus manos, dejó la escoba en la pared del pasillo al lado de un cuadro largo que tenía una figura egipcia y que tocaba casi el piso. Se quedó en silencio con la cajita nuevamente en sus manos, estaba con su atención inmersa en ella cuando su madre llegó de sorpresa.

—¡Adriana! —exclamó, tocando su hombro.

—¿Qué? —respondió y preguntó al mismo tiempo.

—Terminé de lavar la vajilla. Así que, si vas a tomar un té de jazmín, trata de lavar al tiro la taza. ¡vale! —clamó su madre.

—Está bien —respondió la joven sin mirar, pues su mirada estaba inmersa en los colores y diseño de cada una de las flores que estaban en la portada de la caja dorada que había encontrado horas antes. Adriana palpó con sus ojos la belleza olvidada de estas flores y el paso del tiempo que ha transitado por ellas.

VI

Con su madre yendo hacia su cuarto, Adriana tomó una bolsa y salió detrás de Magdalena para tirar esta al tacho de la basura

—¿Por qué sólo traes una bolsa?, ¿y esos libros viejos? —preguntó.

—Me quedaré con ellos, dijo con una sonrisa en su rostro la joven.

—¡Mamá! —jadeó la joven—. Ábreme la puerta, por favor.

Su madre se acercó hasta la puerta de color café que daba la entrada a la casa, la abrió y se puso justo detrás de esta, tomando la manija para que no se cerrara. Ya en la entrada de la casa y justo enfrente del tacho de color verde, la muchacha dejó la bolsa de basura en el piso, abrió la tapa del tacho y echó las dos bolsas. Se arrimó hasta la puerta y vio a su madre, que aún estaba detrás.

—¿Puedes pasarme las llaves para cerrar?

Magdalena la miró y tomó las llaves que estaban puestas en un llavero, que tenía como postal la catedral de la Sagrada Familia. Cerró la reja y quedó parada ahí miran-

do la calle, ya eran casi las diez de la noche y en pleno invierno y con una lluvia de aquellas por venir, nadie se veía en las calles, solo se oía el ladrido de los perros y algún que otro gato. Miró el pavimento por entremedio de la reja y se dio cuenta de que estaba algo manchado en varias partes por gotas de lluvia, signo de que la madrugada estaría acompañada por la lluvia. Una de las cosas que más le encantaba a ella era dormir con lluvia, esa simple imagen le traía consigo un recuerdo, su niñez; en donde ella, para no asistir al colegio y quedarse en casa, abría la ventana de su dormitorio y se sentaba para mirar la lluvia de más cerca y como esta caía en el patio de su antigua casa en España.

—Hace un poco de frío —clamó la joven—. Así que mejor entro —pensó.

Cerró la puerta y le puso pestillo. Al entrar, pudo notar que su madre estaba en su habitación, quizás leyendo un libro, quizás escuchando algo de música. Ingresó directamente hasta la cocina, pasando por el *living*, y tomó la cajita de galletas que contenía aquel libro pequeño guardado en su interior, prendió la luz de la cocina, clavó su mirada en el reloj que estaba en ella y se percató de que eran las diez de la noche. Puso encima de la mesa de la cocina la caja dorada y fue hasta el baño, prendió la luz, se arrimó sobre un mueble que tenían puesto en su interior y eligió una de las toallas. Cerró la puerta del baño, se sacó la ropa sucia y entró a tomar una ducha. Se miró al espejo, se cepilló los dientes y puso una toalla sobre su cabeza antes de salir. Como de costumbre y sin hacer

caso a las advertencias de su madre, salió a pie pelado del baño y se aproximó hasta la mesa, en donde se encontraba aquella cajita, la tomó y fue hasta su habitación.

